

## “¡La señal de Dios!”

Estamos a un paso ya de la Navidad; es más: ¡ya la saboreamos!. Por eso la liturgia de **hoy nos invita a la contemplación**. Contemplar no significa evadirse de la lógica del acontecimiento, sino asimilar profundamente su significado. Tenemos que fijarnos en la **señal ofrecida por Dios mismo como garantía de salvación**. La Virgen embarazada, una señal sencilla y viva. El hombre no acepta este tipo de señales. No nos fiamos enteramente de la palabra de Dios, que sigue viva, ni de las señales que nos sigue ofreciendo.

### **Una mirada a la realidad de nuestro mundo.**

Si Jesús volviese a nacer hoy entre nosotros, podemos estar seguros que no escogería ningún rascacielos, ningún hotel de cinco estrellas, ninguna catedral o palacio vaticano; no nacería en ninguna ciudad de las superpotencias o de países superdesarrollados. ¡Que no!. Seguramente Jesús seguiría escogiendo algún pueblo anónimo e insignificante del Sur, o tal vez algún barrio del cuarto mundo.

Ante la inmediatez de la fiesta de la Navidad, hoy cuarto domingo de Adviento, **la Palabra de Dios nos enriquece y nos anuncia el gran acontecimiento**: Dios viene a nuestra vida en su Palabra y en el Pan de la comunión fecundándonos con su Espíritu.

- La primera lectura (del profeta Isaías) nos trae **un signo: la virgen concebirá**. Para nuestra incredulidad, Dios nos ofrece señales. Pero no las señales que imaginamos, vistosas y apoteósicas, en el cielo o en el abismo de la tierra. Son señales pequeñas, pero vivas: una doncella que será madre, ¡la vida!; un vientre que será templo; una tierra que será cielo. El anuncio se hace aquí por vez primera: “*anunciación*”. Y con este anuncio el profeta manifiesta que Dios está con su pueblo.
- La carta del apóstol Pablo a los Romanos nos muestra **el signo de la nueva vida**. Sintetizando la teología cristiana nos habla del misterio de Cristo: TODOS, amados de Dios, entramos en el proyecto del Padre, que nos llama en Cristo a ser santos y a cumplir la misión de evangelizadores. Jesús es para todos, es el Salvador de todos, es Buena Noticia para todos: lo mismo los de Jerusalén que los de Roma, los orientales que los occidentales, los del norte y los del sur, los blancos y los negros, los libres que los esclavos, porque a todos “ama Dios”, son hijos y quiere que sean su pueblo, su familia. Basta sólo creer, importa solo la fe.
- El pasaje evangélico nos muestra **un signo: María espera un hijo por obra del Espíritu**. Se nos describe la Encarnación de Dios y la Anunciación a José. Impresiona que el hecho más grande de la historia se diga con términos tan sencillos. José, descendiente de David, incorpora legalmente a Jesús en la familia de David, según la promesa de Natán. El hombre debe colaborar al plan salvífico de Dios. José colabora aceptando el misterio y la voluntad de Dios.

**Para tu vida cristiana.** *Muchas cosas pequeñas, en muchos lugares pequeños, hechos por mucha gente pequeña, pueden transformar al mundo.* ¿Cómo nos preparamos para recibir al Mesías?. A estas alturas, las “navidades” ya están preparadas.

Pero, ¿y la “Navidad”? ¿has pensado dónde puede hoy nacer el Mesías? ¿sabes lo que significa Belén? ¿no podrías ser tú mismo un Belén? ¿qué tendrías que hacer para que fueras la cuna del Mesías?

La **Virgen embarazada** es señal de salvación. Nos fijamos en María, *la Virgen de la O, de la espera y la esperanza*. Es la mejor imagen para la Iglesia. Y el mejor modelo. Ella nos puede enseñar a escuchar a Dios, a estar con Dios, a recibir a Dios. Nos lo recuerda el Papa Benedicto XVI al final de la Encíclica “Spe Salvi”: “Y ¿Quién mejor que María podría ser para nosotros estrella de esperanza, Ella que con su ‘sí’ abrió la puerta de nuestro mundo a Dios mismo; Ella que se convirtió en el Arca viviente de la Alianza, en la que Dios se hizo carne, se hizo uno de nosotros, plantó su tienda entre nosotros” (nº 49).

**José** nos puede enseñar las mismas cosas. Hay que destacar su *fe*, confiada y entregada; su *responsabilidad*, cuidando de María y el Hijo; su *amor*, hecho respeto y servicio. Dios también le trastocó sus planes, pero creyó.

Lo más importante de la señal es **el hijo, el Emmanuel**. El amor de Dios, que celebramos en la Encarnación y la Navidad, produce vértigo. *Es un Dios tan amigo del hombre, que se humaniza, se hace hombre. No es un Dios sobre nosotros o contra nosotros, sino con nosotros, en nosotros, por y para nosotros.*

*Recibamos al Salvador con la disposición de los verdaderos creyentes,  
como la Virgen María, generosa y fiel,  
como san José, el hombre bueno que ofrece a Dios la obediencia de su fe,  
y recibámosle con alegría  
porque se trata del don más grande que Dios pueda hacer a la humanidad,  
el de su propio Hijo.*

*¡Feliz y Santa Natividad del Señor!*

*Avelino José Belenguer Calvé.  
Delegado episcopal de Liturgia.*